



RUIDO DE LA MAR Y DE LOS VIENTOS (ES EL PASO DE LA HISTORIA)

Por el MARQUÉS DE LACY

La Real Academia Española llama «*noble*»: al preclaro, ilustre, generoso, singular, que aventaja en su especie a los demás. E igualmente lo refiere como hecho honroso, contrapuesto al vil. Trae a la memoria los cuerpos químicamente inactivos, tales como el oro o el platino, o los gases como el helio y el argón. Y recuerda al que en Venecia ostentaba el Título de tal, que lo era de honor y con el que se distinguía a los descendientes de las diez y seis familias que dieron principio a su aristocrático gobierno. En suma, nos dice quién es «*noble*» y quién ya lo fue (vg. en Venecia) y por qué razón. Pistas bastantes todas ellas, para mostrar *qué es* «nobleza» o *qué debe de ser*, si ha de perseverar en lo futuro.

No hace mucho, veía la luz en castellano, una interesante publicación debida al profesor DEWALD, de la Universidad de Búfalo. Su edición se debió a la Real Maestranza de Caballería de Ronda y a la Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España. Fue un estudio histórico de «La Nobleza Europea (1400-1800)». La importancia de su trabajo es evidente. Pero al margen de ella, supone una actual y seria aportación por desvelar un aspecto de la verdad histórica, que nos llegó al día de hoy, ciertamente «enrarecida». En un momento deter-



MARQUÉS DE LACY

minado se afirma en este principio: «*la esencia de la nobleza estuvo en el servicio militar y en el liderazgo social*». Verdad indudable, pero acaso insuficiente.

No hace tantos años, el fallecido profesor *Álvaro D'ORS*, puso en circulación un breve, profundo, sugestivo trabajo, en torno a «Las arquías y las acracias», (en la Grecia Clásica). Allí desvelaba cómo en los distintos ensayos socio políticos y económicos, que diversas ciudades griegas nos legaron como enseñanza y hecho que llama nuestra atención y constituye permanente ocasión para el estudio y reflexión de su posteridad: se conoció la existencia de dos grupos subdivididos cada uno (en otros dos), y, contando uno y otro, con distinto común denominador. De un lado señala la «aristocracia y la democracia»; de otro, la «oligarquía y la monarquía». En el primero de esos dos grupos, se tiene como fundamento sobre el que pivota todo su entramado: *el hombre*. El segundo: *la familia*. Sin embargo, parece innegable que «el hombre» fue siempre: origen. La familia vino después. Sólo que a la hora de ahormar la convivencia; en un caso *pervive el individuo como centro*. En el otro *el centro se desplaza a la primera «sociedad histórica»*: que fue —y lo es— *la familia*.

A partir de ese planteamiento, se puede acudir a los Evangelios y considerar que el hombre, ser «contingente» al fin, recibe, como en un relicario, de manos del Ser «Necesario»: diversos «talentos», que cualitativa y cuantitativamente, son diferentes en cada circunstancia personal. Si sobre ese hecho, dato empírico innegable, montamos el misterio de la libertad moral, que constituye la seña de identidad del hombre: en conclusión se llega al descubrimiento de la «terca» realidad en nuestra «natural desigualdad» (compatible por cierto con la *igualdad*, de la «naturaleza» humana). Que esa igualdad se encarna en la común filiación Divina de todos (los hombres), mientras que la desigualdad también predicada, se ofrece a la simple observación de las distintas cualidades «recibidas», y, de la fidelidad e intensidad con que, en cada caso, fueron —o son— servidas.

Así pues, si se admite que las desigualdades primeras se encuentran, en la virtud; en el valor; y en el saber: se podrá en-



tender que lo que siempre se consideró *nobleza* fue un «grupo» constituido por quienes, descendientes de los «aristócratas» primeros (provenientes de los campos de la virtud, del valor y del saber), hubieron *pervivido* en «familiaridad con la excelencia». Por eso la «nobleza», como grupo social, cae naturalmente del lado de las «arquías» y se encuentra allí donde se dan las oligarquías y las monarquías. Es decir: donde la familia es y constituye el basamento de la Sociedad. ¿Puede por tanto asombrar el culto a la «*legitimidad*», que se manifiesta de ordinario allí donde se asienta la oligarquía o la monarquía?

Que en última instancia lo que importa es *ahormar* bien a las Sociedades; para que, en ellas, la participación del Pueblo en la «res pública»; sea inteligentemente ordenada al *bien común*. Y por eso: mientras «democracias» y «aristocracias», se preocupan de cómo «tomar» o «dejar» su propia huella en el poder; «monarquías» y «oligarquías» se interesan mucho más, en cómo practicar su sucesión. Lo que no debería perderse de vista es que ha de ser, precisamente, el servicio al BIEN COMÚN, *el norte* de unas u otras formas. En cualquier caso, lejos de dogmatismos esterilizantes y de egoísmos que cierran la esencia vital de la tradición. Que hoy, p.e., se cultiva una especie de «deificación democrática», entendida como una «voluntad general actualizada», globalizante, que desemboca *fatalmente* en su ya conocido carácter, exclusivo y excluyente, por el que, TODO queda a la decisión por plebiscito, de: si hay o no VERDAD; si ha de haberla es susceptible de descubrir, y, en última instancia, si nos cabrá «*aprehenderla*». A partir de ahí y sobre ese presupuesto: todo es «duda permanente». Se echa un ancla inamovible en la marcha de la historia y frenada ésta: se descorre el velo que oculta la verdad (como en la antigua «fiducia» romana), que no será de otra que aquella que proclame *la muerte de la Verdad*, «si es que alguna vez hubiese existido». Puro «*RELATIVISMO*» que niega a Dios y entroniza en Su lugar al hombre.

¿Y que ocurre con la NOBLEZA entonces? A parte de que, carente de función vendrá también a perder todo sentido: se-



ría pronto un recuerdo que se mitiga y que se extingue. Un pasado olvidado, para quedar en manos de unos pocos chiflados, amigos de escudriñar en lo que fue, aún sabiendo que ya no es nada y que nada va a ser en adelante. Y sin embargo... ¡se mueve! Que si así decía Galileo poco antes de morir; también es cierto que concepto y realidad de lo «noble» *perdura y vive*, pese a tantos que hace tiempo «les mataron». Solo que aquel «movimiento» a que aludía el sabio, era *fatal*; este que ahora AUN «*alienta*» en el hontanar del devenir histórico: queda en manos de la libertad del hombre y se mece en la conciencia responsable de la Sociedad presente, que, quiéralo o no, tanto va a ser hija de sus propias obras, como ya lo fue de lo que, para ella, GANARON los que le precedieron. Y entre esa «traditio» sucesiva, que generación tras generación se ha ido conociendo, hoy sobrenada, a despecho de muchos errores, de no pocas claudicaciones y de tantas cobardías; la Verdad de la *Gran Noticia*, a saber: que LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS se alcanzó, unos dos mil años atrás, con la *Unión Hipostática* del Verbo de Dios que se hizo hombre en las entrañas virginales de Santa María; para «reparar» el natural efecto del mal uso de la «libertad moral», y, en papel «magistral», *enseñar* cuál es el rumbo de nuestra singladura humana y, por fin, llevar uno a uno, a todos los hombres, hasta ese Tribunal que al «atardecer» nos examinará como advertía San Juan de la Cruz. Que si el tiempo no existe, por supuesto; sí es referencia *inexcusable* para nosotros en tanto en cuanto hacemos nuestra «travesía del desierto», mientras *gozamos* de la posibilidad de merecer.

Y si se dijo que la «esencia de la nobleza estuvo en el servicio militar y en el liderazgo social»; ello es válido hoy todavía —si no lo es con mayor fuerza y razón—.

Por eso el recuerdo de la conocida respuesta de LEMOS al Rey: «Vuestra Majestad que es dueño de mandar cubrirse en su presencia a quien le plazca, *no deberá tocar a los hidalgos*; que a ellos solo los hacen, DIOS Y EL TIEMPO»; es consejo que cobra en la hora presente un valor muy singular. Que sería como montar de nuevo a los mozos de la Nobleza en «cla-



vileños» de hoy; para llevarlos en alas de *altos Ideales*, a las fuentes primigenias de la «santidad», del «valor» y del «saber», manantiales lejanos de los que nacieron los ríos de sus vidas, *encadenadas* desde pequeños arroyos hasta deltas o estuarios en los que rendir destino; *liderando por vía servicial*, a unos pueblos a cuyas conciencias «ha llamado» *con fuerza extraordinaria* en estas fechas, un GRAN PASTOR de la Iglesia Universal; cuya muerte, «a la antigua usanza», puso fin a la ejemplaridad de una vida, que fue al tiempo: *valor, magisterio y santidad*, en la emoción de la magnífica representación de Su papel en el teatro de la vida y en el colofón de su muerte ¡santa! A cuyo extremo habría de seguir el advenimiento de un tiempo «desvelador» de virtudes, que abriese caminos ascendentes hasta las cumbres en las que anida el águila real o el mismo cóndor.

Es hora de abrir la «Caja de Pandora» y dar alas a la esperanza, que aún anida en esa juventud que ayer lloraba y que cantaba; se estremecía de emoción y de entusiasmo; buscaba por doquier la voz y la figura de quiénes habrán de llevarla en su travesía del desierto, abriéndole fuentes de agua viva, haciéndole llegar el maná cada mañana; y, al frente suyo, perseverando en el caminar, venciendo las fatigas: alcanzar a vislumbrar la Tierra de promisión.

Que las noblezas «añejas» y las que irán naciendo, fueron y habrán de serlo: a modo de las siete estrellas de la «gran constelación», como el carro celestial en el que depositar, todas las noches, el anhelo de la luz que renacerá después, cada mañana, para reanudar la marcha y con ella, aproximarse al glorioso fin del principio real de lo inmortal.

Europa, la que se está haciendo, trabajosa y lentamente; con urgencias, sin embargo: ha rechazado el reconocimiento de sus *Raíces Cristianas*. Desoyó claras y públicas insistencias del que será llamado pronto S. Juan Pablo II. No obstante en horas «inciertas» para su alumbramiento: requiere de liderazgos sociales «limpios de oscuras inspiraciones». Se oirán campanas llamando a capítulo a los que hayan de recibir el espaldarazo de los «elegidos», para, como Alfereces medievales, al-



MARQUÉS DE LACY

zar estandartes reales y al frente de quienes los sigan: caminar hasta la gran campa en qué depositar la ominosa carga heredada de Babel. A los que conocen la Historia, se saben parte suya, la respetan y la aman; corresponde el realizar nuevas hazañas. Y acaso no será la menor: ondear banderas de justicia ancladas en rocas de Verdad.

Volver a la Fe; reabrir la marcha: ¡perseverar, perseverar! Ese es el eco del «apellido» que se ha dejado oír en estos días.

